

mejor—les produce grandísimo entusiasmo capaz de los más nobles actos de desinterés, en todos tiempos el «bien público» ha tenido sus héroes y sus mártires. Al proponer la grandeza de la sociedad como ideal moral, estamos seguros de hallar un instinto poderoso que hará que nuestro llamamiento no sea ilusorio».

Este ideal de acción tenaz y desinteresada es superior al de los místicos y contemplativos, olvidados, en su inconsciencia extasiada, en su embriaguez de absoluto, de las miserias que la estancia en este valle de lágrimas reserva á su contemporáneo. Es la

busca de una felicidad positiva y legítima, proseguida sin egoísmo, en el desarrollo y florecimiento de las bienhechoras energías. Realizándola por un esfuerzo que halla en si mismo su alegría y su bienestar, el libre pensador se afirmará como poseedor de la más pura fe, puesto que tendrá por objeto, no su hipotética salvación en el otro mundo, sino la disminución del dolor en esta tierra para la vara abandonada de los hijos de los hombres.

C. D.

(Adoptado por LA DIRECCIÓN)

PÁGINAS LITERARIAS

Parábola de los Hacheros

A la memoria de Kaleief,
oscuro héroe ruso ¹.

Aquel viernes á la hora de costumbre, á la hora sexta, el grupo de pescadores adictos á las nuevas teorías sociales ascendía por la falda de un monte.

El joven carpintero nazareno rompía la marcha. Lucas y Juan seguían después, y después cinco más. Los restantes compañeros habían salido en la mañana de ese mismo viernes, con la aurora, á preparar nuevas eras para la labranza, en distintos rumbos.

Los resplandores de la luna iluminaban el sendero, y una inmensa veta de mármol blanco servía de asiento al astro de plata.

Una vez en la cumbre el manso Jesús experimentó una transformación total. El oxígeno vibrante de aquella región avivó la circulación en el organismo del soñador doctrinario, y la contemplación del populacho de olas brillan-

tes al pie del monte en bélico trajín puso todos sus nervios en vibración. Juan experimentó el mismo vivaz espasmo; el maestro y el discípulo preferido, al ganar la cima oxigenada, bajo aquel cielo azul y teniendo á sus plantas el mar rugiente iluminado por la luna, sintiéronse gigantes. Ambos habrían acometido contra una torre con ánimo de derribarla, y hubieran querido gritar muy alto, hasta hacerse oír en medio de aquel épico concierto de ondas enfurecidas.

Bajo aquella soberbia impresión de artista, el joven carpintero formuló su pensamiento enmarcándolo en una parábola.

—Hubo una vez una tribu asentada en un estrecho valle, y en aquel valle la vida era imposible por los rigores del clima y de las muchas pestes que azotaban los hombres, los ganados, las aves y los sembrados. Mas, cerca de aquel valle se alzaba un monte, y allí todo era salud, pues las bendiciones del Señor alcanzaban hasta lo profundo en el suelo; y habiéndolo comprendido así los de la tribu, un día dijeron: vamos á la cima del monte. Y comenzaron los preparativos. Y unos se encar-

¹ Kaleief, valeroso vengador de la Justicia allá en Rusia; su brazo borró de la existencia, con el auxilio de una bomba explosiva, la salvaje fisonomía del Duque Sergio, tío del sátrapa Nicolás II y colaborador activo de éste en la obra de exterminio y rapiña perpetrados por la monarquía czariana en el campo de los oprimidos.